PALABRAS DE PRESENTACIÓN LIBRO NUEVO PAÍS DE LAS ARTES

JUAN CARLOS ESCOTET

2017

A los espectadores profanos de las artes, a los que nos guiamos por esa sensación tan difícil de describir, donde confluyen la intuición, la educación visual que hemos recibido y acumulado, y esa fuerza un tanto irracional que es la sensibilidad por la imagen; cuando nos anuncian la presencia de artistas jóvenes, o de obras inéditas, o se sugiere la existencia de novedades, la curiosidad se nos despierta con avidez. Los sentidos se amplifican. Nos aproximamos con el deseo de ser sorprendidos.

El libro digital que se presenta esta noche, tiene la cualidad de responder a esas expectativas. A medida que se avanza en sus páginas, se hace patente la diversidad: ningún capítulo se parece al precedente ni al que le sigue a continuación. De cierta manera, se trata de 25 pequeños libros agrupados en un volumen mayor. Cada sección es una pieza acabada, elocuente y autónoma. La articulación que se produce entre los retratos, la entrevista y las obras reproducidas genera una fuerte impresión: la de haber conocido al artista. De haberlo escuchado. Como si uno hubiese visitado su lugar de trabajo y, después de una conversación, hubiese tenido la oportunidad de mirar algunas de sus obras, posiblemente las más representativas.

Este Nuevo país de las artes contiene, con creces, las gratificaciones que el lector puede esperar de una antología. Historias de infancia y formación, recapitulaciones de familia, modos de narrar y razonar, formulaciones de lo estético, elección de formatos y materiales, gestos verbales, características de las búsquedas creativas asociadas a métodos de trabajo, pronunciamientos acerca de cuestiones fundamentales como arte y significado, o arte y muerte, o arte y política: todo eso y más se ensambla en estas páginas, en un fluir nítido, expresivo y visible.

Basta con listar los materiales: telas y piezas de vidrio; maderas y metales; objetos enteros y residuos encontrados en las calles y vertederos; papeles, cartulinas, libros y plásticos; billetes y sangre; pantallas de múltiples formatos y sacos de arena; bolsas de compra y cápsulas de Petri; bastidores y videos y fotografías y fotogramas; mapas, óleos, acrílicos y pinturas de uso industrial: toda esta diversidad nos impulsa a asomarnos, no solo a la evidente pluralidad del volumen, sino a uno de sus signos esenciales, que es la intensidad y el rigor de las búsquedas estéticas, la incesante búsqueda de sentido que es la línea biográfica de los creadores.

Guarda un considerable interés que -siendo artistas con trayectoria, que han expuesto dentro y fuera de Venezuela, reconocidos por los fieles seguidores de las artes visuales, que han recibido premios que ratifican el aprecio que sus obras tienen entre los expertos- tiene

un inmenso valor leer en estas entrevistas, enunciadas con total claridad, las palabras de los artistas que insisten en que no han cesado de buscar. Que no se conforman. Que continúan con sus exploraciones, a pesar de los laureles que ya han conquistado.

Resulta admirable lo que hay en estas páginas de lucha. De ingenio ante las dificultades. De invención a partir de la precariedad. De un pensamiento de lo visual que irrumpe desde los escombros, que proviene de lo que ha sido desechado, o a partir de objetos utilitarios y posiblemente insignificantes, como unas inesperadas bolsas de plástico, que de pronto adquieren una nueva vida en la representación de la obra de arte.

Si algo me ha conectado con el Nuevo país de las artes, es lo que hay en sus páginas de disconformidad, de disrupción, de revuelta creativa ante el estado de cosas, en lo social, en lo simbólico, en lo urbanístico, en lo conceptual y en lo anímico. Hay una reacción en esas histriónicas figuras pintadas por Starsky Brines; en los potentes actos de Érika Ordosgoitti; en las intervenciones que María Virginia Pineda ha hecho en canchas deportivas y en escuelas; en el video Miranda en la carraca, de Iván Candeo, dolorosa metáfora de la destrucción simbólica de la que puede ser la más emblemática pintura del arte venezolano; en la obra que tiene como título una interrogante, ¿Estado de derecho?, de Armando Ruiz, donde un ejemplar de nuestra Constitución vigente, está a punto de ser atravesado por un dispositivo punzo penetrante.

En estas que he mencionado, y en muchas otras a lo largo del palpitante recorrido del libro, está ese bien inapreciable que es la creación que activa nuestros pensamientos, que orienta la mirada hacia nuevos modos de ver, que nos interroga, en nuestra condición de espectadores, por nuestro lugar en el mundo.

El silencioso espectáculo que me han obsequiado estos artistas y sus obras, me han conducido a la pregunta -más allá de la plena peculiaridad de sus creaciones- sobre sus posibles interlocutores en Venezuela. 15, del total de 25, viven en otros países. Pero, a despecho de sus ciudades de residencia y trabajo, en cada uno de ellos, en sus obras o en ambos, está el denominador común del país, esa personalísima declaración que nos autoriza a decir, nos lo pregunten o no, ‘soy venezolano’.

Ahora más que nunca, más que una identidad y un conjunto de deberes y derechos, el país es un sentido de pertenencia, una forma de la intimidad. Venezuela se ha vuelto un modo de respirar, de abrir los ojos, de mirar a nuestro alrededor, de preguntarnos por nuestra responsabilidad. Parafraseando las palabras del artista Raily Yance, quien dice, “yo tengo preguntas”, todos nosotros, estemos dentro o fuera del territorio, estamos cada vez más cargados, habitados de preguntas. Los venezolanos nos hemos convertido en sujetos de interrogantes.

No puede ser de otro modo: la pregunta por el destino común se ha vuelto atmosférica e inevitable. Forma parte de cada instante de nuestras vidas. Hay en todo esto algo reparador, hondo y posiblemente duradero: que no estamos solos. La fuerza de los hechos nos ha

conducido a una conciencia común, que está extendida, que prolifera y alcanza cada punto del mapa, que reaparece en cada esquina de nuestra realidad.

Salvo la posibilidad que no puedo descartar, de que el pesimismo haya cruzado en algunos el umbral de la desesperanza, en esta Venezuela de mis empeños y sueños, a pesar de las inmensas dificultades, hay iniciativas, emprendimientos, proyectos productivos o sociales, creaciones y organizaciones en movimiento. Hay millones de personas haciendo obra. Realizando algo, aportando su alícuota, su contribución. El imaginario de un país sumido en la pasividad o despojado de sus energías, carece de fundamento.

Banesco, que tiene el privilegio de contar con una red de agencias distribuida por todo el país, así como de clientes en la inmensa mayoría de los centros poblados del territorio, es testigo corriente y privilegiado de lo innumerable, tenaz y también sorprendente que está ocurriendo.

Esa silenciosa corriente que atraviesa como un eje al Nuevo país de las artes; ese ingenio ante los obstáculos que está en el núcleo del hecho creativo; esa capacidad de encontrar soluciones incluso en espacios donde ello parecía imposible o improbable; ese persistir y sobreponerse a los traspiés y a las tormentas de gran calado: todos esos atributos no solo pertenecen a los artistas, sino que están en los escritores, los músicos, los artesanos, los industriosos de esto y aquello, los cultivadores, los profesionales, los comerciantes, los intelectuales, los emprendedores, y en cada oficio o desempeño donde sea necesario desanudar lo que está obstruido, y así abrir los caminos necesarios para seguir adelante.

Puede ser que cada quien esté inmerso en la lucha con sus respectivos demonios; que haya millones de ciudadanos, a menudo desvelados, que especulan cómo será el día de mañana, con qué obstáculo tendrán que lidiar; con seguridad, hay miles y miles de emprendedores que no cejarán en su voluntad de sortear las fuerzas que adversan sus legítimas aspiraciones; no hay rincón en la tierra venezolana, donde no haya familias que, mientras se empeñan en mantener una vida digna, no se abandonan nunca, no dejan cabos sueltos, cultivando una conciencia cada vez más profunda de qué significa una vida en dignidad; todavía más: son cientos de miles los compatriotas que emigraron, que transcurren en otros países con las maletas hechas, listos para regresar apenas eso sea factible.

Quiero decirles que son inequívocos los signos de la turbulencia económica que viviremos, con todas las secuelas que ello supone. Estas secuelas afectarán al país entero, tal como ha venido sucediendo en los últimos dos años. Sé que viene una temporada muy difícil, pero también sé que, tras ella, a Venezuela le están planteadas enormes oportunidades de progreso, bienestar y libertad.

No hay actividad individual o colectiva, donde no se esté gestando el cambio. Donde no haya energías que, tarde o temprano, confluirán para reinventar el país que merecemos. Y no me queda duda alguna de que los artistas, y tantos otros creadores e intelectuales

venezolanos, serán también una parte preciosa y decisiva de los mejores momentos que vienen en camino.

Muchas gracias a todos.